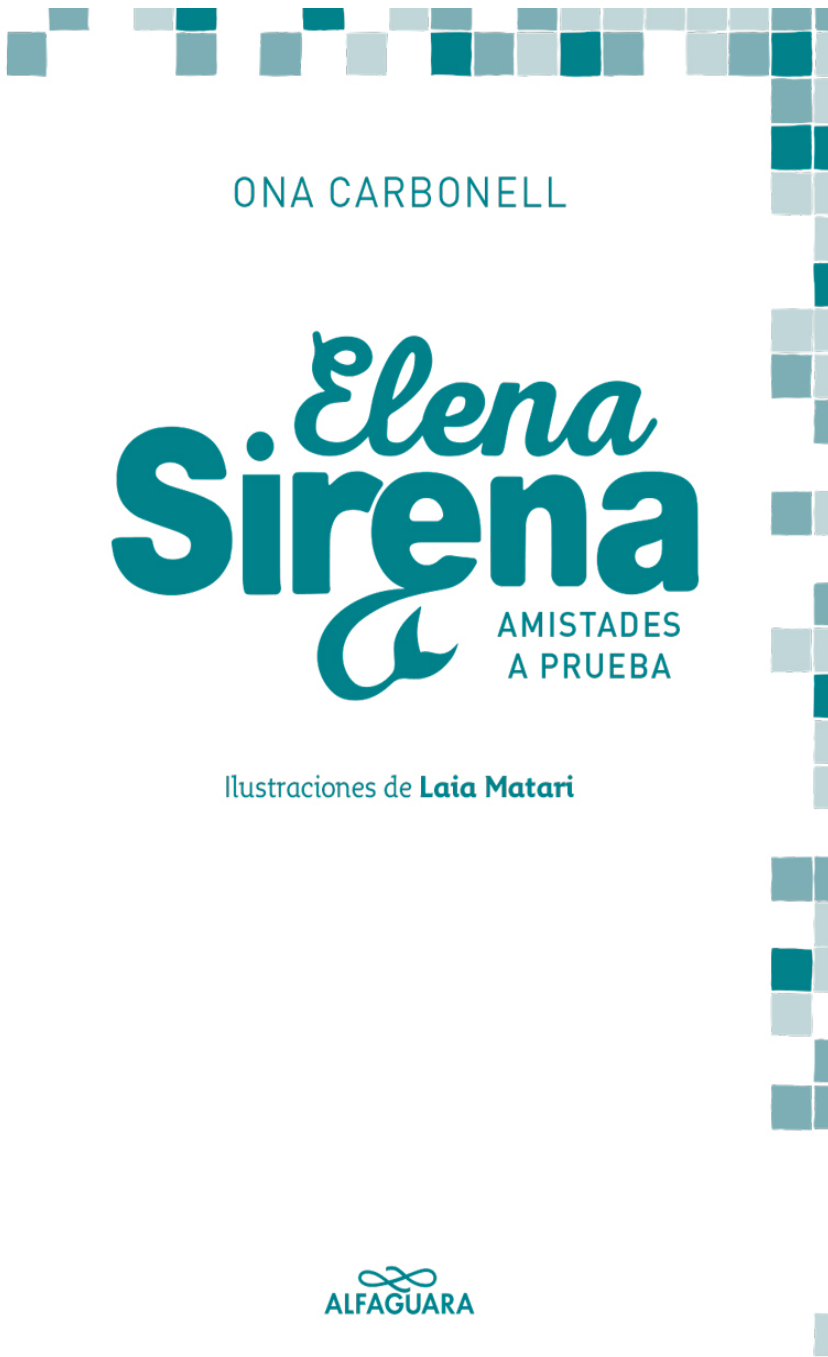




Elena Sirena

AMISTADES
A PRUEBA

ONA CARBONELL



ONA CARBONELL

Elena
Sirena
AMISTADES
A PRUEBA

Ilustraciones de **Laia Matari**


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@somosinfinitos

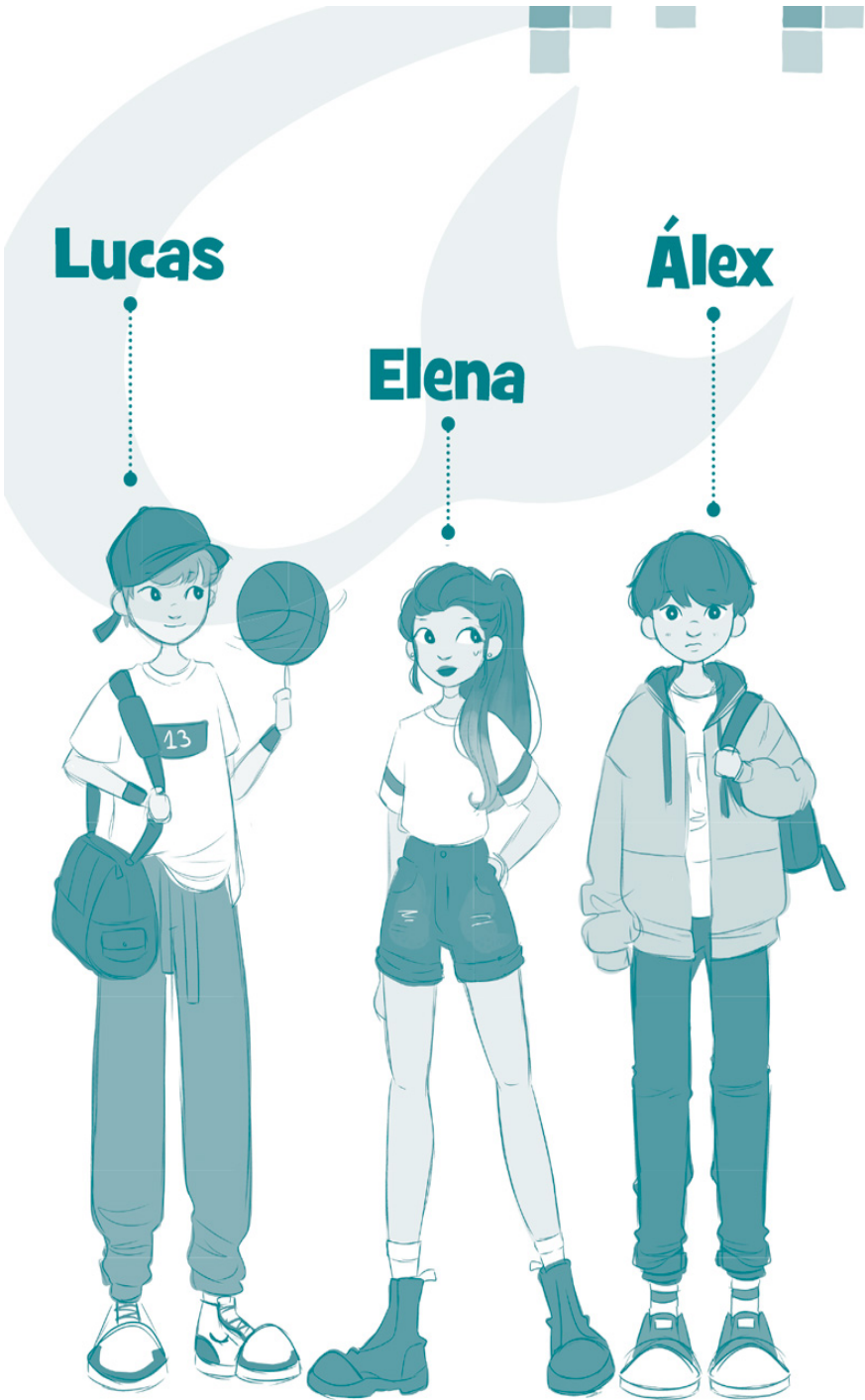


@somosinfinitos



@somosinfinitos

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |





Elena Sirena

Eva



Estela

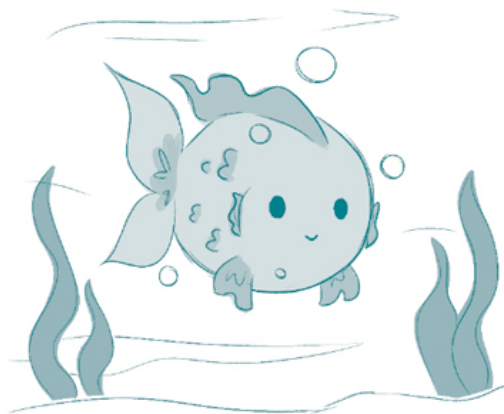


Emma



CAPÍTULO 1

Hora de volver



Elena acababa de guardar en la maleta la medalla de bronce, que había estado colgada en su habitación durante el verano. Recordó el día del campeonato y sonrió.

«¡Qué día más alucinante!», susurró.

«Pero esta temporada tiene que ser aún mejor», pensó.

La ilusión de empezar con los entrenamientos chocaba en el corazón de Elena con la pena que sentía mientras recogía sus cosas. Despedirse del verano en Menorca nunca resultaba fácil y era justo lo que estaba haciendo.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió. Pensó que sería Estela, pero enseguida recordó que hacía pocos días que se había marchado.



—¿Qué tal lo llevas? ¿Nos damos el último baño antes de irnos? —Álex llevaba puesto el bañador y la toalla colgada al cuello.



Elena miró a su hermano y sonrió. Lo cierto es que se había pasado toda la mañana sola en su habitación, recogiendo sus cosas, pensando en todo lo que había vivido durante los dos meses de vacaciones, recordando los últimos días con Estela, después de confiarle por fin su secreto...

—¡Ey! ¡No me digas que no te vas a bañar el último día!

—¡Tú estás loco! ¡Claro que sí! —Elena por fin reaccionó.

—¿Qué? ¿Te pones el bikini?

—Lo llevo puesto... —Elena chasqueó la lengua y le guiñó un ojo—. Parece que no me conoces. ¡Anda, vamos!

Álex empezó a correr y Elena fue tras él. Al pasar por la cocina, Lucía les advirtió:

—No tardéis mucho. Ya sabéis que para subir el coche al barco tenemos que llegar con tiempo de sobra, y hay que comer antes.

—¡Vamos, Lucía, ven con nosotros! Pasa de la comida. Nos comemos luego un bocata. ¡Es el último bañito de las vacaciones!

Lucía miró a Elena mientras negaba con la cabeza, pero, cuando la vio en la puerta con aquella sonrisa, la piel morena y aquellos ojos tan brillantes, cambió rápido de idea.

—¡Tienes toda la razón! ¡Ya nos comeremos un bocata!



—¡Esa es mi tía! ¡Vamos, date prisa, te esperamos!

—¡No tardo nada! —Lucía dejó inmediatamente lo que estaba haciendo para unirse al plan con Álex y Elena.

A ella también le daba mucha pena que se terminaran las vacaciones. Lo habían pasado fenomenal durante el verano. Veía a Elena muy feliz, serena, mayor... Verla así la tranquilizaba, aunque no podía evitar sentir un poquito de inquietud: su pasión por el mar le recordaba mucho a su hermana Silvia, la madre de Elena.

Lucía sabía que en poco tiempo Elena querría saber más sobre su madre.

Los tres se bañaron prácticamente solos en la playa. A finales de agosto casi todo el mundo regresaba a sus casas, y Menorca se quedaba más tranquila, con esa luz típica del final del verano.

Elena miraba al cielo mientras flotaba en la superficie del mar. Cuánto había compartido y disfrutado aquel verano con su familia, con Estela, Álex y otros amigos, algunos nuevos.

Y cuántas cosas había vivido bajo la superficie de aquel mar transparente que tantos secretos guardaba. Entre ellos, el suyo: un inmenso secreto que hacía poco tiempo le había confiado a Estela y que provocó que su relación cambiase. Elena pensó en Estela y sintió una punzada de preocupación.

«¿Qué te pasa, Estela? No te alejes de mí, por favor».

Hasta la última semana no fue capaz de contarle a su amiga ese secreto. A pesar de lo inseparables que eran y de la confianza que había entre ellas, a Elena le costaba encontrar la manera de contar algo tan... extraño, fantástico e increíble.

Y la verdad es que, desde que Elena se lo contó, Estela estaba distinta. En aquella última semana, su amiga no fue a buscarla por la mañana como solía hacer. No habían estado ni un momento a solas. Parecía que lo evitara.

«Y si algo ha cambiado en Estela, ¿qué pasará cuando se lo cuente a Emma y Eva?», pensó preocupada.

Elena dejó que su cuerpo se sumergiera lentamente. Aquel silencio bajo el mar la tranquilizaba tanto...

Y envuelta en ese silencio recordó muchos momentos del verano que había pasado con su amiga.

En cuanto entraban en el agua, nadaban un poco hasta que no hacían pie y, ¡zas!, sin decirse nada, empezaban con la sincro. Cada verano elegían alguna canción nueva que les gustara e inventaban una coreografía con ella.

¡Era tan divertido! ¡Y además se lo pasaban tan bien!

Muy a menudo no se daban cuenta de que alguien las observaba desde alguna barquita o algún velero cercanos y, de repente, oían aplausos y veían a los espectadores espontáneos saludándolas desde sus embarcaciones.

Luego, tumbadas en las toallas, seguían pensando en el baile. Una proponía una cosa, a la otra se le ocurría otra, y antes de haberse secado completamente ya estaban de nuevo en el agua poniéndolo en práctica.

Hacer sincro en el mar era una pasada. No solo era que flotaras más, sino la maravilla de estar haciéndolo en un lugar natural. Y a Elena le encantaba notar la sal en la piel.

Además, tenía una máxima y la cumplía a rajatabla: «Durante el verano, el cloro ni tocarlo».

Y ni lo tocaba ni lo olía, que ya se pasaba el resto del año metida en la piscina. Así que, si algún amigo proponía ir a la piscina, ¡ni se lo planteaba!

Salió a la superficie y miró hacia el horizonte. Se despedía de su playa y empezaba a pensar en todo lo que traerían el nuevo curso y la nueva temporada.

Nervios e ilusión se mezclaban a partes iguales.

Por un lado, estaba el hecho de empezar el curso en el instituto: profesores desconocidos, compañeros distintos, asignaturas nuevas...

Todo se complicaba. Ya les habían advertido el año anterior que notarían la diferencia, que sería más difícil, que tendrían que estudiar más.

«¿Y si no puedo con todo? Aprobar y entrenar...», pensó Elena.

Pero existía algo que la inquietaba aún más. Y eran las novedades que encontraría en el equipo, especialmente las nuevas nadadoras que se incorporarían a él. «¿Qué nivel

tendrán? ¿Serán mejores que yo? ¿Habrá mucha competitividad?», todas estas preguntas le daban vueltas en la cabeza desde hacía unos días. Y, además, ese año también tendrían una segunda entrenadora. ¿Cómo sería? Ojalá fuese exigente en el agua y cariñosa fuera. Es lo que más deseaba Elena de una entrenadora.

Ella quería conseguir grandes cosas y deseaba seguir esforzándose para ser algún día la mejor. Sentía con todas sus fuerzas que la natación sincronizada era su gran ilusión en la vida.

Volvió a sumergirse para mirar hacia la superficie y contemplar los rayos de luz que la atravesaban.

Aquella imagen tan bella le ayudaba a focalizarse en los objetivos que soñaba con alcanzar.

«Vamos, Elena, tú solo tienes que esforzarte por hacerlo lo mejor que puedas», pensó. Y a continuación pensó en Lucas. Él le dijo aquellas palabras y Elena no las había olvidado. Luego sonrió.

Despedirse de Menorca era muy triste, pero volver a casa no estaba tan mal.

Era hora de volver. Así que nadó hasta la orilla sintiendo que tenía muchísimas cosas nuevas que la llenaban de ilusión.

CAPÍTULO 2

Estela



—Sí, es muy raro, a mí también me ha dicho que no podía quedar. ¡Aaay! —Eva oyó un ruido al otro lado del teléfono.

—¿Qué ha pasado? ¿Emma? Emma, ¿estás ahí?

—Ay, perdona, es que estaba guardando mis cosas en el armario y se me ha caído el teléfono. Pues no sé... ¿Quedamos tú y yo y pasamos luego por su casa?



—Bueno, me paso por tu casa, pero no voy a insistir con Estela. Si no tiene ganas de vernos, pues no tiene ganas.

—¡Venga, no te enfades con ella! Estará cansada, o habrá pasado algo en casa. ¡Vamos, ven ya! ¡Me muero de ganas de que llegue Elena para estar por fin las cuatro juntas!

—¡Ya! ¡Yo también! Os he echado mucho de menos. La verdad es que me he agobiado un poco en Holanda. Qué verano más rollo, se me ha hecho tan largo...

—Pues todavía nos quedan unos días de vacaciones. Podríamos ir a la playa, hacer una noche de pijamas en casa de Elena... ¡Qué ganas, por favor! ¡Vamos, ánimo! Me parece que el sol de Holanda no te ha sentado bien.

—¡Pero ¿qué sol?! Si yo casi no lo he visto...

—Si es que en lugar de un padre holandés podrías haber tenido uno del sur de Italia, o de Málaga, ja, ja, ja.

—Ya te digo...

Hacía tan solo unas horas que Emma había regresado de vacaciones y avisó enseguida a las chicas. Eva ya llevaba

unos días en casa, pero Estela no había querido quedar con ella desde que regresó de Menorca.

Y eso no era normal.

Lo normal siempre era correr a encontrarse en cuanto regresaban de las vacaciones.

Eva no había pasado un buen verano y no estaba muy animada. Que Estela no hubiese tenido las mismas ganas que ella de verse le dolió. Y ahora se sentía disgustada con su amiga.

Emma había estado unas semanas con su familia en el pueblo de sus abuelos. Siempre lo pasaba fenomenal. Allí se encontraba con sus primos y con su grupo de amigos, se bañaban en el río y jugaban todo el tiempo, podían acostarse tarde y mirar las estrellas por la noche.

Así que cuando las E-girls se reencontraban necesitaban muchas horas para poder contarse TODO lo que les había pasado durante el verano.

Eva no tardó en llegar a casa de Emma y se pusieron a charlar sin parar sentadas en la cama. Cuando Emma le propuso que fueran a casa de Estela, Eva le dijo:

—No, yo no voy, no tengo ganas. Ve tú si quieres.

—Eva, pero no estés así con ella. ¿No te mueres de ganas de verla?

—¡Sí, claro que sí! Pero ella no se muere de ganas de verme a mí.

—Oye, no podemos empezar el final del verano así. ¡Qué divertido ha quedado eso de empezar el final del verano!

—La alegría que rebosaba Emma no acababa de contagiarse a Eva, que estaba un poco apagada.